

para Colombia, que los procesos de divulgación de la ciencia y de la tecnología se presentaron en unas condiciones más favorables para Brasil que para Colombia, debido a que en el primer país se presentó migración de personal y los conocimientos rompieron los estrechos marcos nacionales; como consecuencia de lo anterior, se crearon los rudimentos de la investigación tecnológica *organizada*, mientras que en Colombia las presiones por la utilidad aplicada de los conocimientos obstaculizaron institucionalizar a largo plazo el mejoramiento de las tecnologías. Los núcleos de ingenieros y primeros investigadores influyeron, por lo tanto, de manera diferente en las empresas mineras, siderúrgicas y afines que se fundaron entre 1880 y 1930 para ambos países, por cuanto, en Brasil la valoración del conocimiento fue no sólo útil para la industria sino que se constituyó como un aporte al acervo universal, mientras que en Colombia se consideró especialmente su aplicabilidad.

En general, en los trabajos se observa, en algunos más que en otros, una referencia explícita a la teoría para el estudio desde la perspectiva de la historia empresarial, lo cual hace también, que combinado con el estilo de escritura de los autores unos capítulos sean más narrativos que otros que cuya exposición es más densa. Desde el punto de vista del aprovechamiento, además del expresado en la introducción de la compilación, está el pedagógico, todos los capítulos, sin excepción, se convierten en material obligatorio de consulta y estudio para las asignaturas que tienen que ver con lo empresarial y la actitud emprendedora, mostrando algunos de ellos, un componente didáctico adicional: mapas, cuadros y tablas.

Para los investigadores en historia empresarial, los libros se convierten en un referente del estado del arte en Colombia sobre el tema y de los vacíos, que se manifiestan y reconocen, para llevar nuevas indagaciones en dicho campo. A lo largo de varios capítulos se observa la necesidad de profundizar específicamente, por ejemplo, en el tema de la relación de los empresarios y la política.

Carlos Tapias

Universidad Externado de Colombia

Jacques Revel (organizador), *Jogos de Escalas. A experiência da microanálise*. Rio de Janeiro, Fundação Getúlio Vargas, 1998, 262 páginas. Traducción de Dora Rocha.

Se trata de la traducción al portugués del libro *Jeux d'échelles: la micro-analyse à l'expérience*, publicado en Francia en 1996, el cual recoge nueve intervenciones de un seminario convocado cinco años antes por el Ministerio de Investigación y Tecnología francés. El evento estuvo coordinado por

Jacques Revel y Gérard Althabe y se realizó en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales. Hacía parte de un encuentro mayor entre antropólogos e historiadores dividido en tres secciones: “Micro-historia y microsocioal” fue una de ellas. Con una metodología en que se circulaban las ponencias antes con el fin de comentarlas y criticarlas, la microhistoria fue puesta sobre la mesa, menos para realizar un balance sobre sus alcances que para indagar por qué esta práctica historiográfica comenzó a producir efectos en un momento determinado. El libro incluye también un texto anterior de Edoardo Grendi titulado “repensar a micro-história?”.²²

El hilo conductor de los artículos es el problema de la *escala* en historia, que si bien no es una novedad para disciplinas como la economía y la sociología, sí lo es en gran medida para los seguidores de Clío, y en parte para la antropología. ¿Qué conlleva la elección de una escala específica en la investigación histórica? ¿Implica cambios de teoría, o sólo es un problema de procedimientos? ¿Son resultados diferentes los que generan las investigaciones macro y las micro?, son algunas de las preguntas con las que parten los autores de la compilación. El llamado a la microhistoria se debe precisamente a que fue esta corriente historiográfica la que puso en discusión desde fines de los setenta tales interrogantes, más a través de la práctica que de formulaciones teóricas explícitas. Dentro de la escasez de referentes en el debate sobre la microhistoria, el libro constituye un aporte significativo.

De entrada, el compilador hace una precisión útil en la presentación: lo que conocemos como “microhistoria” congrega dos vertientes principales que con el tiempo han venido a verse con una sola: por un lado está Carlo Ginzburg y su enfoque “cultural”, que se ha conocido sobre todo merced a su libro *El Queso y los Gusanos* pero también por su artículo sobre el “método indiciario”; esta vertiente llegó especialmente a Estados Unidos. Por otro lado está Giovanni Levi y su enfoque “social”, con su libro *La herencia inmaterial*, gracias al cual la microhistoria se conoció en Francia en la segunda mitad de los ochenta. Habría que agregar que en Latinoamérica ha habido mayor recepción de Ginzburg y que aquí resulta necesario distinguir la microhistoria europea de la propuesta por el mexicano Luis González.

Resulta dicente que el seminario se haya realizado precisamente en Francia, pues tanto Levi como Ginzburg han mantenido un permanente contacto con el círculo de la revista *Annales*. Tiene razón por ello Revel cuando en el primer artículo, “Microanálise e construção do social”,²³ reconstruye el contexto intelectual en que surgió la microhistoria remontándo-

²² Se publicó originalmente en la revista *Quaderni Storici*, No. 86, 1994, pp. 539-49.

²³ Hay traducción al inglés: “Microanalysis and the construction of the social”. www.fl.ulaval.ca/celat/histoire.memoire/histoire/cape2/revel.htm.

se a Bloch y Febvre. Plantea que en la búsqueda por hacer de la disciplina una ciencia social, de entrada se privilegió la perspectiva macro sin que fuera algo críticamente evaluado. Se trató más bien de que el modelo de cientificidad en que se inspiraron los fundadores de *Annales* apelaba a los objetos amplios espacial y temporalmente, así como reducibles al número, como condición sine qua non para hacer de la historia una ciencia social, pauta que se conservó más o menos inalterada por Fernand Braudel y la historia serial, entrando en crisis en la segunda mitad de los años setenta. Aquí la microhistoria jugó su parte.

Entre sus varios aportes, Revel destaca la redefinición de la jerarquía de niveles de observación. Pero lo que cuenta no es que se haya concentrado en la escala micro (los sujetos con nombre propio y los sucesos circunscritos a pocos años), sino que abrió una grieta en la convicción de que la única dimensión provechosa en historia es la larga duración, la de agregados enormes en el espacio y el tiempo. Permitió tomar un respiro, aunque reificar la pequeña escala olvidándose de que existen otras sería un error parecido, de donde el principio de variación de escalas se impone. A lo que llama la microhistoria es a tomarse en serio: 1) que la elección de una escala de observación dada produce “efectos de conocimiento” y 2) que ninguna escala tiene privilegio sobre otra.

El especialista en historia urbana Bernard Lepetit desarrolla un argumento semejante. A través del análisis del concepto “escala” en la historia y otras disciplinas (arquitectura, geografía), Lepetit sostiene que la variación del nivel de observación supone una alteración no solamente del método sino también de la información y las relaciones causales observadas. Como Revel, plantea que no hay una escala que pueda ser privilegiada a priori. La variación de éstas ayuda a enriquecer lo real, a volverlo más complejo, pero el reto consiste en encontrar un nuevo papel para los estudios micro: no como casos “representativos” ni como muestras estadísticas. Esto llevaría a disolver la cuestión de qué tan “completos” o “únicos” son los objetos estudiados. Sin embargo, la pregunta sobre la representatividad y generalización en historia no es evacuada en este escrito y quedan dudas sobre la solución que le da Lepetit.

Dos artículos parten de la relación historia-antropología con el fin de considerar los aportes de la microhistoria: “Da micro-história a uma antropologia crítica”, de Alban Bensa, y “O racionalismo posto à prova da análise”, de Marc Abélès. Ambos nos recuerdan que la antropología toma la escala micro como condición de toda experiencia etnográfica. Es la aldea, la tribu, el universo cerrado sobre sí mismo el lugar en que se toman los datos y donde por excelencia se puede llevar a cabo la observación de una cultura. Para toda una tradición antropológica lo micro fue antes que nada una exigencia metodológica, base de toda generalización, pero a condición de desvincular los

datos de su contexto. Apoyándose en sus estudios del oeste rural de Francia y Nueva Calcedonia, Bensa muestra cómo la microhistoria puede servir a los antropólogos para repensar las nociones de contexto, temporalidad y símbolo. Abélès, por su parte, a partir del paralelismo entre la microhistoria y la antropología de sociedades complejas llama a un uso no deductivo de la pequeña escala, poniendo en cuestión el “paradigma comunitario” y racionalista mencionado.

Tres autores le otorgan privilegio a la escala micro como el nivel en que se engendran los procesos sociales. Se trata de los italianos Maurizio Gribaudi, Simona Cerutti, y el francés Paul-André Rosental. Gribaudi y Cerutti son conocidos por sus obras sobre la clase obrera contemporánea de Turín y las corporaciones urbanas de esta ciudad en el siglo XVII, respectivamente. A partir de su práctica de la microhistoria y apelando a diversas fuentes teóricas, estos autores abogan por un abordaje “inductivo” y procesual de los fenómenos históricos, destacando su interés por poner en cuestión las categorías habituales del análisis tales como clase o rol socioprofesional. Ellas no deben venir previamente al proceso de investigación sino construirse en el mismo, conservando con ello la “experiencia” de los actores sociales. Por su lado, Rosental se esfuerza en identificar la “matriz teórica” de la microhistoria, lo cual lo conduce al antropólogo noruego Fredrik Barth, quien además de fuente de inspiración para la corriente ha sido lector de la misma. En su formulación de un tipo de causalidad social que privilegia las estrategias individuales, las incertezas de los agentes y las incoherencias de los sistemas de normas, Rosental ve cercanía con Giovanni Levi. Resalta en este artículo el esfuerzo por hacer evidentes supuestos teóricos generalmente no formulados por los practicantes de la microhistoria y poner en conocimiento de los lectores la propuesta de Barth.

Además de Levi, quien escribe acerca de los “comportamientos, recursos y procesos antes de la revolución del consumo”, el libro cuenta con el artículo de Sabina Loriga “A biografía como problema”. Es el único que no plantea la pregunta de la escala en historia, interesándose por los cambios que ha tenido históricamente el enfoque biográfico y las diferentes concepciones del individuo que lo han acompañado. La autora comienza por constatar un nuevo interés por la subjetividad y “lo vivido” en la historia, que ha llevado aparejado un redescubrimiento de la biografía pero no necesariamente su aprovechamiento. Luego de revisar tres proyectos fuertes de biografía en el siglo XIX bajo las denominaciones del héroe, hombre patológico y hombre partícula, la autora desemboca en la crisis del heroísmo que se vivió a fines de esa centuria y condujo a una “transformación *democrática*” del género. Fue la literatura la que se interesó primero por los seres comunes y corrientes así

como por las varias personalidades del individuo, y sólo recientemente la historia. Hoy la cuestión, como la ha presentado Levi, estriba en cómo hacer una biografía que de cuenta de la “significación histórica general de una vida particular” (p. 226), conseguir un equilibrio entre “el destino personal y el conjunto del sistema social” (p. 248).

Los artículos de *Jogos de escalas* surgen en un momento en que la microhistoria –por lo menos en Italia—parecía haber completado un ciclo, y en que los historiadores franceses comenzaron a interesarse en ella. Es mayor la atención que conceden a Levi que a Ginzburg y prácticamente no se menciona la práctica de microhistoria por fuera de Italia. Aun cuando varios autores son cautos en hacer afirmaciones generales sobre la corriente, queda la impresión de que se exagera sus alcances, por lo menos con respecto a Levi. En realidad, con excepción del artículo de Grendi la microhistoria no es tanto el *objeto* como el pretexto del debate, y sí lo son asuntos que han aparecido de la mano de ésta y otras formas de hacer historia desde los años setenta: el enfoque inductivo, la experiencia de los actores, la narración y la escala de análisis. La discusión se enriquecería si se consideraran obras de “microhistoria” que han aparecido en los años noventa, por ejemplo en España. También podría ampliarse a la forma como se ha practicado la microhistoria en países latinoamericanos. Con todo, llama la atención que los historiadores se expresen sobre cuestiones que en otro momento pudieron sonar demasiado abstractas, en un libro que no ha sido traducido al español.

Juan David Figueroa

*Estudiante de la Maestría en Historia
Universidad Nacional de Colombia*

Pablo Rodríguez (coordinador), *La Familia en Iberoamérica, 1550-1980*. Bogotá: Convenio Andrés Bello–Universidad Externado de Colombia, 2004, 526 páginas, ilustraciones + gráficos.

La historia de la familia es una de aquellas unidades historiográficas que permiten lograr síntesis sociales de especial significación. No sólo desde lo propiamente histórico, sino también desde sus aspectos metodológicos y desde sus perspectivas de análisis. Al mismo tiempo, a pesar de que en gran parte encierra nuestras propias experiencias de vida, se trata de estudios de realidades difíciles de aprehender y generalizar. Si ya a nivel de la historia local es complejo el poder retratar con cierta exactitud el cuadro de lo que consideramos la familia más representativa, con mayor razón la situación se